

La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo XIX

LAURA SUÁREZ DE LA TORRE*

LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO no sólo significó la ruptura definitiva entre la metrópoli y el virreinato de la Nueva España. Abrió la posibilidad de introducir una nueva estructura política, abrigó las expectativas de una economía al servicio de la nación y permitió la introducción paulatina de una nueva cultura. El papel de la imprenta resultaría trascendental en esta transformación. Así, si en la época virreinal editores e impresores constituían un reducido número y estaban supeditados a los intereses del gobierno y de la Iglesia; a partir de la época independiente esta situación se modificó, gracias al nuevo tiempo de libertad que propició un auge en el panorama de la edición.¹

La nueva vida independiente favoreció la manifestación de ideas y la experimentación de otras maneras de expresión, gracias a la libertad de imprenta que permitía la manifestación del pensamiento sin cortapisas. Esto se reflejó en el aumento diario de las publicaciones en las principales ciudades del país. A los distintos periódicos de corte político se sumaron los folletos de la más diversa índole —de corte polémico, de carácter religioso, de contenido científico—, entre otros muchos temas; las revistas literarias hicieron su entrada triunfal en el ámbito de la cultura nacional, los calendarios representaron un negocio constante y, como un último ejemplo, las novelas encontraron la acogida favorable de un público lector cada día mayor.

Para entender el desarrollo de la industria editorial mexicana es necesario analizar los distintos periodos que revelan intereses diversos y que respondan a distintas circunstancias de la vida nacional. En este estudio tenemos que considerar tres etapas importantes de la producción editorial que, al mismo

* Instituto Mora.

¹ En el presente texto se entenderá por editor al personaje responsable de la publicación de una obra. En realidad, los editores y los impresores encarnaban una sola persona, pues la legislación hacia responsable de la obra al impresor.

tiempo y para mejor comprensión, se vinculan con el desarrollo de los acontecimientos políticos más sobresalientes. La primera la podemos ubicar entre 1800 y 1821, que coincide con la génesis del movimiento independentista hasta su consumación, en la cual se desarrolló un periodismo incipiente que dio pie al surgimiento de una prensa política polémica, que alcanzó un gran auge después de proclamada la independencia. Una segunda etapa la podemos situar a partir de la independencia del país, cuando se produjo un desarrollo editorial, resultado de las nuevas circunstancias nacionales; de hecho, este periodo se prolongó hasta la última aparición del general Santa Anna, cuando, en su postrer gobierno, se expide la famosa ley Láres, que impuso una exagerada censura, uno más de los abusos del dictador que decantaron en el desarrollo de la llamada revolución de Ayutla. Por último, podemos considerar una tercera etapa que corresponde al triunfo de la facción liberal, con una nueva generación de mexicanos al frente de los asuntos nacionales.

1800-1821. LA ACTIVIDAD EDITORIAL PRESAGIA EL CAMBIO. UN TIEMPO DE PREPARACIÓN

Para comprender las etapas por las que pasó la producción editorial del México decimonónico es necesario recordar, a grandes rasgos, el panorama que prevaleció antes de esa centuria. Por principio, saber que para desempeñarse como impresor era necesario disponer de un privilegio real, distinción que muy pocos podían alcanzar. Así, la actividad editorial de la época virreinal ofreció un bajo número de publicaciones si consideramos el largo tiempo que duró la dominación española. Casi siempre la producción quedó ligada a la Iglesia, encargada de vigilar y controlar las lecturas y a una autoridad interesada en dar a conocer sus disposiciones. De esta manera, lo más sobresaliente en ese extenso periodo es la producción de libros devotos, género con el que se inauguró la imprenta en México. Las crónicas de las órdenes religiosas, las vidas ejemplares y los tratados de teología constituyeron las publicaciones más comunes al lado de las escasas imprentas de la capital de la Nueva España. Sin embargo, la influencia de las corrientes filosóficas europeas y, con el paso del tiempo, de la ilustración, en el marco de la vida novohispana, se reflejó en los intereses editoriales. Podríamos señalar al siglo XVIII como un periodo de cambio en los intereses editoriales y, sobre todo, en la introducción de nuevas formas de expresión. La *Gazeta de México* y *Noticias de Nueva España*, creación de Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, representa el intento más temprano por ofrecer una publicación mensual, a partir de su primer número que vio la luz el 1 de enero de 1722; a esa empresa siguieron otras del mismo corte como el *Mercurio de*

México y el *Diario Literario* y las *Gacetas de Literatura* del padre José Antonio Alzate, el *Mercurio Volante con noticias importantes y curiosas de física y medicina*, por D. Josef Ignacio Bartolache, doctor médico del Claustro de esta Real Universidad de México, que ponen de manifiesto el interés de los particulares por ofrecer noticias y avances científicos y que demuestran, de alguna manera, el nuevo tiempo que representó el siglo XVIII. Es necesario señalar que en este quehacer cotidiano los autores, editores e impresores tuvieron que enfrentar no sólo a una vigilante censura, sino que padecieron, en algunos momentos, los efectos de la escasez de papel que frenó sus anhelos.²

En el siglo XIX la producción editorial lograría consolidarse. Podemos decir que la publicación del *Diario de Méjico*, fundado en 1805 por Carlos María de Bustamante y Jacobo de Villaurrutia, inició una nueva etapa en el panorama editorial mexicano. Su aparición representó las aspiraciones de los criollos y marcó el comienzo de una prensa diferente. En sus páginas, sus editores, además de publicar avisos, vida cotidiana, adelantos de ciencias y artes, órdenes y decretos oficiales, dieron oportunidad de presentar las producciones de los noveles literatos que pertenecían a la Arcadia Mexicana, abriendo con ello nuevos espacios de expresión, ensayando nuevas maneras de producción, convocando a la participación a sus lectores.³ Pero si el *Diario* imprimió un estilo editorial, las publicaciones emanadas de la autoridad —circulares, proclamas, comunicaciones, decretos, bandos, edictos, discursos—, las de carácter devoto —sermones, oraciones fúnebres, catecismos, novenas, exhortaciones pastorales, entre otras— y las voces de un pueblo —exámenes públicos, ensayos, estatutos, poesías— hicieron posible una producción de folletos cada día más abundante. Las imprentas más renombradas, como las de María Fernández de Jáuregui, Mariano Zúñiga y Ontiveros, Juan Bautista de Arizpe, Manuel Antonio de Valdés, tuvieron bajo su responsabilidad la impresión de las decisiones de una autoridad, las necesidades de una Iglesia, las aspiraciones de unos escritores, así como las inquietudes propias de su género, representadas comúnmente en los calendarios, los de Mariano Zúñiga y Ontiveros pueden señalarse como los más representativos de esta época.⁴

La guerra de independencia se constituyó en otro factor importante para el desdoblamiento de la producción editorial. Las proclamas, las exhortacio-

² Cabe aclarar aquí que la actividad de editor e impresor se fue diferenciando con el paso de los años y podríamos decir que hasta el siglo XX este binomio no se separa y la mayoría de las veces el impresor era el editor de los trabajos que imprimía.

³ Susana María Delgado Carranco, *Libertad de imprenta, política y educación: su planteamiento y discusión en el Diario de México 1810-1817* (2000); Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México: 500 años de historia* (1995).

⁴ Una primera intención de los impresores estuvo relacionada con los calendarios. Con el tiempo, las guías de forasteros también los caracterizarían.

nes, las odas patrióticas, las reflexiones políticas, las alabanzas o las condenas salidas de las filas contendientes, representan las nuevas modalidades de impresos que se difunden paralelamente a los tradicionales materiales religiosos. La libertad de imprenta contemplada en la Constitución de Cádiz permitió, en teoría, el despliegue de la actividad editorial, aunque no implicó el compromiso definitivo con una libertad tan polémica, pues el decreto no se mantuvo por mucho tiempo y la censura caracterizó al ambiente novohispano. No obstante esa situación, debemos considerar a la guerra de independencia como una etapa en la cual se favoreció el desarrollo de la imprenta. La publicación de periódicos multiplicó sus títulos, al *Despertador Americano*,⁵ fundado por Miguel Hidalgo y Costilla en Guadalajara, siguieron otras publicaciones insurgentes, cuya labor estribó en dar a conocer el desenvolvimiento de los sucesos bélicos; el informar sobre el carácter cada día más radical del movimiento y convencer a sus lectores de la guerra insurgente. La imprenta se convirtió en un elemento prioritario para los insurgentes y para los realistas. A partir de los impresos se divulgaron los ideales, las propuestas, los planes, la nueva legislación; se alabó o se condenó al movimiento; en fin, fue un arma decisiva en el desarrollo de los acontecimientos. A los diferentes títulos insurgentes habría que contraponer la *Gaceta* que, como vozera del gobierno virreinal, defendió los presupuestos realistas.⁶

Es necesario comprender que más que el número de impresores, creció el número de materiales impresos, *El Pensador Mexicano* comenzó a meter ruido en el ambiente de la capital desde 1812. No fue sino hasta la consumación de la Independencia cuando los impresores proliferaron por la ciudad, cuando se agudizó el interés por manifestar ideas, cuando los impresos de la más diversa índole se desarrollaron. El nuevo tiempo abrió esta posibilidad, cobijado por la libertad de imprenta.

UN NUEVO TIEMPO DE EXPRESIÓN. 1821-1855

Lógicamente, frente al nuevo tiempo que abrigó la Independencia y gracias a la libertad de imprenta contenida en distintos decretos a lo largo de este perio-

⁵ Su impresor fue José Fructuoso Romero y fue dirigido por Francisco Severo Maldonado y Ángel de la Sierra. Entre los periódicos insurgentes debemos mencionar también a *El Ilustrador Americano*, *El Verdadero Ilustrador Americano*, *El Semanario Patriótico Americano*, *El Despertador de Michoacán*, y otras publicaciones editadas en distintos puntos del país.

⁶ Sin duda *La Gaceta* fue el periódico más importante de la capital. Sin embargo, surgieron otros que buscaron un sitio en el gusto de los lectores, como *El Diario*, *El Perico de la Ciudad*, *El Artista*, *El Censor Extraordinario*.

do, la producción editorial recibió un gran impulso.⁷ A la ya tradicional *Gaceta* se agregaron nuevos periódicos, surgidos al calor de las luchas ideológicas que caracterizan a las primeras décadas de vida independiente. No podemos dejar de reconocer que los impresos jugaron un papel fundamental en la difusión de ideas, y cobijaron las expectativas de los diversos grupos políticos que comenzaron a desarrollarse en torno a un determinado proyecto de nación. Diversos periódicos comenzaron a circular: Carlos María de Bustamante en *La Abispa de Chihuahua* refutó la forma de gobierno contenida en el Plan de Iguala; *El Sol*, de Manuel Codorníu, fue el órgano de los borbonistas, y José María Luis Mora en su *Semanario Político y Literario*, ofreció un periódico de corte liberal.

De este modo podemos reconocer que la mayor cantidad de impresos que inundan el ambiente de la capital están relacionados con temas políticos y es lógico encontrar un panorama polémico, cuando los acontecimientos que se suscitan invitan a la reflexión, convidan a tomar la pluma para defender o contrariar cualquier idea, personaje o actuación. Los periódicos proliferaron, y, al mismo tiempo, tuvieron una corta existencia dependiendo del ambiente político del momento. De esta manera, los títulos responden a realidades cotidianas y representan el foro de análisis de los acontecimientos que se suscitan. *El Águila Mexicana*, *Hay va ese bueso que roer y que le metan el diente*, *El Federalista*, *El Aileta*, *El Gladiador*, *El Fénix de la Libertad*, *El Genio de la Libertad*, *El Indicador de la Federación Mexicana*, *La Antorcha*, *La Lima de Vulcano*, *El Mosquito*, *El Mono*, *La Verdad Desnuda*, *La Oposición*, *El Crepúsculo de la Libertad*, *El Cosmopolita*, *El Gallo Pitagórico*, *El Restaurador*, *Don Simplicio*, *El Tiempo*, *El Eco del Comercio*, son algunos de los muchos diarios que circularon en la capital y que encierran en sus nombres las aspiraciones de sus editores, los conflictos del momento, las posturas ideológicas de sus redactores.

Sin embargo, el periodismo de la capital definiría nuevos rumbos con la publicación, en 1841, de *El Siglo XIX*, empresa editorial de Ignacio Cumplido, que logró reunir a un selecto grupo de políticos-literatos de tendencia liberal, que dieron renombre a la publicación. Los editoriales y las colaboraciones de Juan B. Morales, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Luis de la Rosa,

⁷ Por bando de 18 de octubre de 1821 se estableció: "Art. 1. Todo español tiene derecho de imprimir y publicar sus pensamientos, sin necesidad de previa censura". Una observación seguía al decreto y era que se exceptuaban de esa disposición aquellos escritos de tema religioso y se consideraba abuso de la libertad a aquellos textos que incitaran a la rebelión o a perturbar la tranquilidad pública, aquellos otros considerados obscenos, los libelos infamatorios. Basilio Arriaga, *Recopilación de leyes, decretos, bandos, reglamentos, circulares y providencias de los supremos poderes y otras autoridades de la República Mexicana*, t. 1., 1838. Es necesario decir que la libertad de imprenta no se mantuvo a lo largo del siglo; según soplaran los vientos, los gobiernos la respetaban o la retiraban.

Mariano Otero, Manuel Orozco y Berra, José María Lacunza, entre otros, contribuyeron a hacer de este diario el más representativo de su tiempo. A raíz de él surgieron otros proyectos periodísticos, concebidos a la manera del *Sí-glo*, que representaron las distintas tendencias políticas, como *El Monitor Republicano*, bajo la responsabilidad de Vicente García Torres, de marcada filiación liberal y en el que participaron José María Vigil, Manuel Payno, José González, Juan A. Mateos, José María Iglesias, Francisco Modesto Olaguibel, José María Lafragua y Guillermo Prieto, entre otros, y *El Universal*, impreso por Rafael Rafael, en el que colaboraron conservadores de la talla de Lucas Alamán, Anselmo de la Portilla, Aguilar y Marocho y el padre Nájera, y que defendió al gobierno santannista.⁸

El número de páginas crece a medida que el interés de los lectores se incrementa. Los acontecimientos nacionales, las noticias internacionales, las cuestiones de los estados y los avisos se constituyen en las secciones más o menos fijas en cada publicación; con el tiempo, se ceden espacios para las producciones de los literatos extranjeros y, día con día, de mexicanos; la novela de folleín empieza a cobrar importancia y a otorgar al periodismo otro tinte más allá del únicamente político, aunque éste sea el motivo original que da existencia a esta clase de publicaciones.

En este ámbito editorial no hay que olvidar a los calendarios que forman parte fundamental en la cotidianidad de los mexicanos. Distintos editores lanzaron empresas de este tipo, los más famosos fueron los de Mariano Galván, quien compitió con otros empresarios de su tiempo en dar a luz bellas publicaciones, que no se limitaron únicamente a ofrecer las efemérides cristianas. Manuel Murguía, Juan R. Navarro, José Mariano Lara e Ignacio Cumplido lucharon, año con año, por ganar la aceptación de un público lector cada día más exigente. Y es que las distintas ofertas del mercado obligaban a los editores a mejorar los contenidos misceláneos, a ornamentar las páginas, a introducir ilustraciones de calidad—grabados y litografías—, en fin, a conquistar lectores que decidían el porvenir de las publicaciones, día con día.

Pero no sólo los calendarios se vieron sometidos al rigor de un público. Las llamadas revistas literarias, que cobraron auge a partir de la cuarta década del siglo XIX, fueron las otras publicaciones más demandadas. Su contenido también misceláneo, de carácter educativo, las convirtió en un producto apreciado. Sus artículos de ciencia, historia, geografía, viajes, así como composiciones literarias—poesías, novelas cortas, ensayos—, ofrecían una gran variedad de textos ilustrativos y divertidos que las hacían atractivas a los lectores. Su formato bien cuidado y sus bellas ilustraciones, algunas en color,

⁸ Cf. Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *op. cit.*, pp. 151-170.

revelan el interés de los impresores por ofrecer ediciones de calidad para los diversos públicos a los que estuvieron dirigidas. Hay que hacer hincapié en que los editores se preocuparon por los nuevos públicos lectores, como las mujeres, los niños y los artesanos, dando cuenta con ello de un espíritu ilustrado en donde educar se convirtió en objetivo fundamental y en donde los editores cobraron un papel fundamental, al ofrecer por medio de sus lecturas una forma paralela de educación. Sobresalen en este rubro las empresas editoriales encabezadas por Mariano Galván, *El Recreo de las Familias*; Ignacio Cumplido, *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano*, *El Presente Amistoso*, *El Álbum Mexicano*, *La Ilustración Mexicana*; Vicente García Torres, *Diario de los Niños*; José Mariano Lara, *El Liceo Mexicano*, y Juan R. Navarro, cuyos prospectos editoriales son una muestra del interés de estos hombres por mantenerse al tanto de las novedades surgidas en Europa y de su interés por ofrecer instrucción y entretenimiento. Muchos de estos ejercicios editoriales fueron el producto de las asociaciones literarias que surgieron en la capital del país y en donde coincidieron los "intelectuales".

También hay que destacar a los impresores extranjeros que se establecieron en la ciudad de México, cuyo trabajo editorial se distinguió en el periodo al que estamos haciendo referencia. Rafael Rafael, el catalán vinculado a los intereses de los grupos conservadores, lanzó otro tipo de revistas que tenían como finalidad, además de la instrucción con artículos de ciencias, letras y bellas artes, la defensa de la religión católica. Dos publicaciones, *El Católico*, 1845, y *El Espectador de México*, 1851-1852, se distinguieron por su contenido religioso. También debemos mencionar la empresa editorial, *El Daguerreotipo*, que ofrecía ser diferente a las publicadas hasta ese momento. René Masson fue su director; el editor, Alfredo Babirot, y el impresor José Mariano Lara, quienes unieron sus esfuerzos para dar a luz una publicación novedosa, una más en el panorama editorial de la primera mitad del siglo XIX. En sus contenidos se contaban distintas y variadas secciones: política, ciencias, artes, historia y filosofía, literatura, crónicas, tribunales, efemérides, noticias, *sport* y modas; además, se entregaba una pieza musical con cada ejemplar, lo que dio un toque diferente a la publicación; los autores eran mexicanos, franceses, ingleses, españoles, estadounidenses y cubanos.

Junto a los periódicos y las revistas se publicaron una gran cantidad de folletos de la más diversa índole, que se convirtieron en la manera más común de hacer visible una causa, de dar a conocer un invento, de reclamar derechos, de difundir principios religiosos, de contrariar políticas; así, "desde un discurso cívico hasta los méritos de una imagen milagrosa, desde una sentencia judicial hasta una tabla de tarifas aduanales, desde un modesto manual docente hasta un irracundo reclamo político, desde un presupuesto municipal

hasta un texto de ley,⁹ encontramos en el gran mundo de la folletería que caracterizó a la centuria decimonónica. Gran parte de las imprentas de la capital se mantuvieron gracias a la publicación de estos impresos baratos y sencillos, que eran un negocio seguro para los impresores.¹⁰

En otro contexto es importante señalar que, por lo general, los libros provenían del extranjero, como los textos de carácter científico y los compendios de corte religioso que constantemente se anunciaban en los avisos de los periódicos. No obstante, los editores de la ciudad de México encontraron fórmulas para introducir este género de impresos en talleres de la capital. Las suscripciones fueron el medio a través del cual se pudieron financiar las ediciones costosas —libros o revistas—, pues ni el impresor arriesgaba su capital, ni el lector lo desembolsaba. La Biblia de Venice, bajo la responsabilidad de Mariano Galván; el *Quijote* de Cervantes o el *Viage a Méjico* de Mathieu de Fossey, empresas de Ignacio Cumplido; *La historia de Napoleón* editada por Massé, la edición de las obras de Bernardino de Saint Pierre, *Pablo y Virginia* y *La cabaña india*, al cuidado de José Mariano Lara; el *Nuevo Bernal Díaz del Castillo*, publicado por Vicente García Torres, son tan sólo unos cuantos de los muchísimos ejemplos que sobre suscripciones encontramos en esta etapa.¹¹

Es necesario destacar que junto a estos prestigiados impresores surgieron autores, editores de sus propias obras o de otros autores de textos reconocidos. Tal fue el caso de Lucas Alamán y Carlos María de Bustamante, por citar los más representativos; sus trabajos de carácter histórico revelan el interés por dar a conocer su visión de los acontecimientos, de rescatar a otros autores y de esa manera comenzar a difundir la historia de México, a través de diversos volúmenes. Sobresalen en este ámbito la *Historia de Méjico* y *Las disertaciones* de Alamán, el *Cuadro histórico* de Bustamante, las obras del padre Francisco Javier Alegre, editadas por el propio Bustamante y muchos otros títulos que fueron entregados a José Mariano Lara, Ignacio Cumplido o Vicente García Torres, impresores que se vincularon con la intelectualidad de ese entonces.

No cabe duda que la guerra con los Estados Unidos ayudó a entender mejor la necesidad de echar un vistazo al pasado mexicano, de comprender las circunstancias que rodeaban al país y de propiciar, de alguna manera, el nacionalismo como vía de reconocimiento de la realidad mexicana. Muchas de las ediciones posteriores a 1848 correspondieron a revisiones de la historia nacional o quedaron vinculadas con el reconocimiento de lo mexicano. En

⁹ Nicole Giron, "El proyecto de folletería mexicana del siglo XIX: alcances y límites" en *Século XIX. Revista de historia y ciencias sociales*, núm. 39, septiembre-diciembre de 1997, p. 7.

¹⁰ En la década de 1850, la capital del país contaba con 21 imprentas.

¹¹ Enrique Fernández Ledesma, *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México* (1991).

otro contexto cabe señalar que el silencio impuesto durante el último gobierno de Santa Anna correspondió lógicamente con una disminución paulatina en la producción de impresos.

LA SEGUNDA MITAD: OTRO TIEMPO, OTRAS CIRCUNSTANCIAS, OTROS IMPRESORES

Como se ha podido ver, el desarrollo de las distintas empresas editoriales quedó vinculado a momentos específicos de la vida nacional. La segunda mitad del siglo XIX de nuevo hará patente esta vinculación e incluso la manifestará desde un punto de vista más radical. Y es que las luchas ideológicas exacerbaron los ánimos, la presencia extranjera propició rupturas y la prensa se convirtió en el medio indispensable para la defensa de los principios, para la manifestación de los ideales o para la burla de personajes o situaciones. No hay que perder de vista que el gobierno que encabezó Antonio López de Santa Anna, entre 1853 y 1855, cometió una serie de abusos que lo llevaron a dictar, entre otras, la famosa ley Lares,¹² que cerró las amplias posibilidades que las leyes de imprenta precedentes habían permitido. Esta ley acalló a editores, persiguió a escritores y, como consecuencia, la producción editorial disminuyó. La revolución de Ayutla no sólo alteró la vida política nacional sino que acarrió graves consecuencias dentro del panorama editorial mexicano.

Así, entre 1854 y 1860 no sobresalen muchos trabajos editoriales dignos de ser considerados en este apartado, salvo ejemplos aislados y magníficos: *Los mexicanos pintados por sí mismos* a cargo de Manuel Murguía; el *Atlas geográfico, estadístico e histórico* de Antonio García Cubas, bajo el cuidado de José Mariano Lara; *México y sus alrededores*, colección de vistas, trajes y monumentos nacionales, ilustrado por Casimiro Castro e impreso por Ignacio Cumplido; o el *Diccionario universal de historia y de geografía*, salido de la imprenta de Rafael Rafael.¹³ De hecho, podemos decir que los antiguos y destacados impresores como Galván, García Torres, Cumplido, Lara, Navarro, entre otros, permanecieron en el escenario vinculados casi exclusivamente a antiguos formatos de impresión, bajo los mismos cánones que habían establecido de tiempo atrás y fueron desplazados por una generación más joven que introdujo fórmulas diferentes en las publicaciones.

¹² La ley Lares fue dictada el 25 de abril de 1853 y es la más opresiva de las que se dictaron en el siglo XIX. A tal grado fue la censura que "en provincia sólo subsisten los periódicos oficiales, y en la capital varios órganos liberales desaparecen". Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *op. cit.*, p. 176.

¹³ Los primeros tomos quedaron bajo la responsabilidad de Rafael Rafael y cuando éste dejó el país, correspondió a José María Andrade y Felipe Escalante terminar la empresa editorial.

El panorama editorial se recupera en la década de 1860 e incluso podemos hablar de una renovación de la industria editorial al iniciarse una segunda época del libro mexicano. Las imprentas de José María Andrade y Felipe Escalante, Francisco Díaz de León y Santiago White, José María Sandoval e Ignacio Escalante, integran la camarilla de editores más sobresaliente de esta segunda mitad. A ellos se debe la gran producción de obras que caracterizó esa etapa. Al igual que sus antecesores en el oficio de Gutenberg, estos nuevos y modernos empresarios se ocuparon de acoger con entusiasmo los artículos, novelas, obras de teatro, ensayos o poesías de autores nacionales. Ya no se traduce tanto a los extranjeros. Se copiarán de Europa los formatos e incluso las temáticas y las teorías literarias, pero lo fundamental de este tiempo es dar una presencia a las empresas culturales mexicanas, a los textos de autores nacionales. En este sentido habrá que señalar que en esta nueva generación hubo cierta continuidad en la presentación de las publicaciones, aunque con la renovación de la industria editorial, a partir de la década de 1890, con la inclusión de nuevas técnicas de impresión e ilustración podemos hablar de una ruptura y del inicio de una nueva etapa que cierra, de alguna manera, el periodo al que hacemos referencia.

Así, a partir de la década de 1860, firmas de empresas nuevas, no elevadas en número, ofrecerán otras ediciones más modernas, más acordes con los modelos que se llevaban a cabo en Europa y los Estados Unidos. Estos empresarios enfocarán la producción bajo su responsabilidad a temas específicos. Así, podemos caracterizar a José María Andrade y Felipe Escalante, quienes en 1854 compraron en sociedad la importante imprenta de Rafael Rafael, con una producción más enfocada a cuestiones de corte histórico y religioso. Ejemplo de ello son el ya mencionado *Diccionario universal...*, el periódico *La Cruz*, 1855-1858, ilustrado con litografías salidas del taller de José Decaen, o la *Historia de la milagrosa renovación de la soberana imagen de Cristo señor...*, de Alonso Alberto de Velasco, también ilustrado con litografías de Decaen, o las primeras ediciones de Roa Bárcena, como el *Catecismo elemental de geografía universal*, de 1861, o el *Catecismo elemental de historia de México*, de 1862, así como las *Posiciones geográficas de varios puntos del Imperio Mexicano*, de Manuel Orozco y Berra.

Su vinculación al gobierno es manifiesta cuando los conservadores llegaron al poder en 1858 y, a partir de ese momento, la publicación de decretos quedó a su cargo. Más adelante, con motivo de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, sus publicaciones adquirieron un marcado tono político. Allí publicó José María Gutiérrez de Estrada, *México y el archiduque Maximiliano de Austria*, los arzobispos y obispos le dieron el material para dar a luz la *Carta pastoral... con motivo de la entrada de sus magestades el emperador Maximiliano y la emperatriz Carlota*; estas publicaciones revelan su posición frente a

los extranjeros. Es importante destacar que Andrade y Escalante celebraron alianzas de trabajo con el litógrafo Decaen para ilustrar las más importantes producciones del taller. El prestigio que logró alcanzar esta imprenta se vio opacado con el fin de sus actividades, justo en 1867, año representativo, si se toma en consideración que el imperio de Maximiliano tocaba a su fin.

Surgieron otros talleres en la capital, los más representativos eran: el de Francisco Díaz de León y Santiago White, el de José María Sandoval, que abrigó la imprenta del gobierno en Palacio, y el de Ignacio Escalante. Díaz de León se había iniciado en el oficio desde 1850 y durante el gobierno de Maximiliano no se encargó de la imprenta oficial, encargo que se terminó al mismo tiempo que el imperio. Sin embargo, su gusto por la tipografía no terminaría; ayudado por Joaquín García Icazbalceta y asociado en esta ocasión con Santiago White, estableció su propio negocio, llegando a ser el más importante de la segunda mitad del siglo XIX. A él se acercaron escritores como Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, Joaquín García Icazbalceta y le entregaron sus páginas para convertirlas en ediciones sobresalientes por su pulcritud y por la calidad en el trabajo. En 1869 salieron de sus prensas los dos tomos de la primera época de la revista *El Renacimiento*, que marcó un hito en la historia de la literatura nacional.

La producción de esta imprenta abarcó temas históricos y literarios. La empresa se distinguió por su sagacidad para editar publicaciones de éxito como los catecismos de Roa Bárcena, que en la década de 1860 había publicado Andrade, realizando de ellos varias ediciones. También tomaron la delantera para imprimir obras sobre el imperio de Maximiliano. De sus prensas salieron las *Memorias de mi vida*, del propio emperador o *Querétaro, memorias de un oficial del emperador Maximiliano* de Alberto Hans o *La corte de Roma y el emperador Maximiliano*, en 1870. En la década de 1880, Díaz de León se estableció por su cuenta y su negocio prosperó e hizo realidad las aspiraciones de escritores mexicanos como Vicente Riva Palacio, quien en 1882 dio a conocer *Los cerros, galería de contemporáneos*; en 1870 este autor había publicado *El libro rojo* en esa imprenta.

En otro contexto, habría que situar el trabajo editorial de José María Sandoval al frente de la imprenta oficial. Si bien el gobierno siempre contó con una imprenta a su servicio, es en esta etapa, la década de 1860, cuando, por primera vez, aparece un responsable de manera constante. Además, es importante destacar que la labor de la imprenta del gobierno no se concretó a imprimir leyes, decretos y el diario oficial, sino que diversificó sus publicaciones. Del taller salieron ediciones sobresalientes como las obras de Matías Romero en torno a la actuación del gobierno de Benito Juárez durante la guerra con los franceses, o la *Copia del expediente relativo al lugar de nacimiento del ilustre Hidalgo*, de

Francisco Rodríguez Gallaga, o la *Historia de la conquista de la provincia de la Nueva Galicia*, de Matías de la Mota Padilla, edición de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, o el *Diccionario de legislación mexicana*, de Zaldívar. Su trayectoria terminó después de haber puesto en circulación numerosos impresos oficiales y variadas publicaciones, en la década de 1890.

El nombre de Ignacio Escalante se consignó en múltiples pies de imprenta. Sus inicios se remontan a 1868 y se prolongan hasta principios del siglo XX, lo que demuestra que su trabajo editorial gozó de la aceptación de los diferentes públicos. Diversas ediciones de historia y de literatura se vincularon al nombre de Escalante. Las obras de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Agustín de Betancourt, José María Roa Bárcena, Enrique Olavarría y Ferrari, entre muchas otras, salieron de esta importante imprenta, quien también produjo revistas de gran éxito como *La Naturaleza*. *Periódico científico de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, que completó los ocho tomos o *El Derecho*. *Periódico semanario de jurisprudencia y legislación*, que se comenzó a publicar en 1870 y que alcanzó los cinco tomos.

Las distintas empresas mencionadas revelan la importancia de los libros como el gran negocio de esta etapa. Sin embargo, habría que ubicar en otro contexto a las publicaciones periódicas de las que fueron responsables éstos y otros empresarios menores. A los ya tradicionales y desgastados contenidos de los calendarios se agregaron otros, que permitieron renovar el género, al grado de especializarlo. Los noveles editores se encargaron de darles títulos atractivos, como: *Calendario del tío Caniyitas para el año de 1858*; *Primer calendario de la familia enferma para el año bisesto de 1860*; *Primer calendario de la guerra extranjera para el año de 1863*; *Calendario científico para el año de 1863*; *Calendario de las niñas para el año de 1865*; *Calendario del amor para el año de 1866*; *Calendario protestante de los amigos cristianos para el año de 1867*; *Calendario histórico de la emperatriz Carlota Amalia para el año de 1871*; *Calendario de Juárez para 1873*, a cargo de editores como J. M. Aguilar, Manuel Murguía, Manuel Castro, Luis Alfaro, Miguel Zornoza, Pablo Enríquez, y otros. Éstos representan tan sólo unos cuantos ejemplos, dentro de la variedad temática de este género que se vinculó a circunstancias específicas de la vida nacional, que se recuperó entre 1850 y 1870 y que en las décadas de 1880 y 1890 muestra un patente declive, auspiciado por el poco interés de los lectores, atraídos por otros medios impresos y, por ende, el de los editores que se abocaron y comprometieron con otras empresas.¹⁴

Sucedió lo mismo con las revistas literarias, que habían gozado de un gran auge a lo largo de la primera mitad del siglo, al inaugurar un novedoso con-

¹⁴ El calendario de Galván, por ejemplo, continuó publicándose e incluso subsiste hasta nuestros días.

cepto editorial reflejado en la diversidad de títulos, contenido e ilustraciones. En esta etapa las revistas se vuelven más especializadas en su temática, sus públicos lectores más específicos y los colaboradores más constantes y cuidadosos en sus entregas. Los distintos géneros literarios encuentran cabida en las nuevas revistas, y autores nacionales y extranjeros tendrán acogida en sus páginas. Así, *El Renacimiento*. *Periódico literario*, de Ignacio M. Altamirano y Gonzalo A. Esteva, editado por los impresores Díaz de León y White en 1869, se convirtió en la más representativa de esta segunda etapa y en el prototipo de estas publicaciones, al grado de echar en el olvido a aquellas que le antecieron. Pareciera que el silencio que media entre las revistas de la década de 1840, y esta última hace que las anteriores se pierdan y la literatura nacional sólo encuentre en *El Renacimiento* un sentido de pertenencia.¹⁵

Es necesario destacar la gran variedad de revistas para mujeres que surgieron en ese momento. Las "señoritas", otrora simples lectoras, se ven desplazadas por las "mujeres" —autoras o redactoras, e incluso impresoras—, que llevaron a cabo distintas empresas de este género y convirtieron sus ediciones en materiales de lectura, entretenimiento y consulta para un público lector cada vez más importante. En la segunda mitad del siglo XIX destacan, por su importancia, *Las Hijas del Anáhuac* y *El Album de la Mujer*, cuyos contenidos revelan los intereses de las mujeres mexicanas —y en algunos casos españolas—, quienes a lo largo de las páginas manifestaron sus inquietudes, dando a conocer las obras de su inspiración, dejando de lado aquella imagen que las reducía a ser únicamente madres y esposas.

En este mismo tenor de realizar publicaciones para públicos definidos destacan las ediciones para niños. La lectura como factor decisivo para el desarrollo de los infantes dio lugar a diversas publicaciones de obras de este tipo. Si bien hemos definido esta segunda mitad del siglo XIX como la época del libro, no cabe duda que en este campo la obra de José Rosas Moreno puede ejemplificar este espacio. Sus diversas obras infantiles, salidas de la imprenta de Murguía, dan testimonio de ello y revelan el interés de nuevos autores y antiguos impresores por colaborar en la educación de los niños mexicanos. No hay que olvidar que, junto a las obras representativas de Rosas, se publicaron una gran cantidad de compendios y libros de texto escolares realizados por mexicanos interesados en coadyuvar en la educación de niños y jóvenes. Los nombres de Manuel Payno, José María Roa Bárcena, Antonio García Cubas y Justo Sierra pueden ejemplificar lo anterior, ya que entrega-

¹⁵ Siguiendo el ejemplo de Altamirano se publicaron otras revistas entre 1871 y 1884, como *El Domingo*, *El Arrieta* y *El Nacional*, editadas bajo la responsabilidad de extranjeros y mexicanos, como Gustavo Gostowsky, Jorge Hammeken y Gonzalo Esteva, respectivamente, e impresas en distintos talleres de la capital.

ron sus originales, para convertirlos en textos escolares, a las imprentas de Murguía, a la de Herrero hermanos, a la Imprenta de La Libertad, a Eugenio Maillefert o a la Librería de La Enseñanza.

No cabe duda que los acontecimientos nacionales coadyuvaron a desarrollar el folleto como una manera de dar a conocer, en un corto espacio de tiempo, las disposiciones, el pensamiento o la actuación de un grupo político o de las instancias gubernamentales o eclesiásticas. En este sentido, sobresalen la multitud de impresos que surgieron de la autoridad civil o religiosa como decretos, reglamentos, circulares, comunicaciones, representaciones, o cartas pastorales, exhortaciones, etc. La producción de folletos no se distinguía del anterior período si no se tomara en consideración los diferentes acontecimientos de la vida nacional. Así, encontramos, por ejemplo, que las discusiones del Congreso Constituyente de 1856 favorecieron la impresión de folletos, ya que la tolerancia religiosa dio mucho de qué hablar. En otro contexto encontramos una gran cantidad de material de este género con motivo del imperio de Maximiliano, ya fuera para defender, ya para atacar la presencia del austriaco. En otro momento, como en el porfiriano, la diversidad de títulos refieren el desenvolvimiento de empresas, el fomento de la infraestructura, los estudios científicos y tecnológicos, en fin, el auge económico, la nueva imagen y las grandes posibilidades del país.

Los folletos de esta segunda mitad del siglo XIX muestran los distintos momentos de conflicto o de tranquilidad que caracterizaron al país y demuestran cuán importante fue para las autoridades y para los particulares dejar por sentado, en un cuadernillo barato, su punto de vista. En este quehacer cotidiano de hacer folletos se vinculaban grandes, medianas y pequeñas imprentas; a los talleres ya mencionados habrá que agregar los de Nabor Carrillo, Vicente Segura Argüelles, Tomás S. Gardida, J. M. Aguilar e Hijos o el de Ramírez Aparicio, y muchos otros pequeños que lograron ocupar un sitio en el panorama de la letra impresa, gracias a la publicación de libros pero, sobre todo, por la de folletos.

Un espacio aparte requieren los periódicos. Es necesario remarcar la importancia paulatina que adquirió este tipo de publicaciones. Cada día, los mexicanos demostraron un interés mayor por los diarios en donde se reflejaban las posturas ideológicas de quienes los produjeron. Y no es extraña esta situación, si consideramos que en esta segunda mitad del siglo XIX, el enfrentamiento entre liberales y conservadores radicalizó posturas y encontró en las páginas de los periódicos, foros para la discusión.¹⁶ De esta manera, *El Siglo*

¹⁶ Cabe señalar que una característica de esta etapa es que los periódicos de la República reflejan también el enfrentamiento de posiciones entre las posiciones liberales y las conservadoras.

XIX se mantuvo a lo largo de la segunda mitad como el órgano de los liberales puros; *El Constitucional*, por ejemplo, defendió las posturas oficiales "y se inici[ó] un florecimiento de las revistas católicas de contenido político literario", como lo fue *La Cruz*.¹⁷ Un sinnúmero de títulos revelan esa polarización del pensamiento y dan lugar a nuevas publicaciones como *El Republicano*, de carácter liberal o *La Sociedad*, *La Verdad* y *El Omnibus*, identificados con los conservadores. En esos impresos se debaten las principales cuestiones políticas del país, se defienden o se atacan las decisiones de las autoridades y se someten a juicio las políticas emprendidas. El panorama nacional, tan lleno de acontecimientos, propicia el desarrollo de una prensa más radical, en la que confluyen viejos y nuevos impresores y redactores, más comprometidos con los principios que profesan.

Paralela a esta prensa, que venía desarrollándose de tiempo atrás, es necesario resaltar un nuevo periodismo polémico-burlesco que recoge de los acontecimientos políticos el material para satirizar y que aprovecha los mismos para caricaturizarlos a través de litografías. Así, Francisco Zarco, que había fundado el bisemanario *Las Cosquillas*, sentó precedente para otras empresas de este género. Con el tiempo, otras ganaron la aceptación de los lectores y *La Orquesta* fue el mejor ejemplo de ello. Las reformas emprendidas por el gobierno liberal, el emperador Maximiliano o las figuras presidenciales de Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada o Porfirio Díaz fueron blanco de ataque de diversas publicaciones como *El Látigo*, *El Monarca* o *El Abuizote*. La virulencia de los artículos, la crueldad de las caricaturas demuestran la importancia de este nuevo género que gozó de la aceptación del público lector y que inauguró otro tiempo dentro de la prensa periódica.

Los distintos diarios de esta etapa se enfrentarán también al nuevo tiempo que representó la larga permanencia de Porfirio Díaz en el poder y que propició el desarrollo de múltiples empresas que las más de las veces combatieron la política presidencial, aunque hubo órganos informativos tendientes a ensalzar la política del presidente. Los títulos rememoran otras épocas, *El Tiempo* o *El Universal* así lo confirman; otros reflejan una nueva época de la vida nacional como el *Diario del Hogar*, *El Hijo del Abuizote*, *El Nacional* o *La Voz de México*; la prensa obrera cobra auge con órganos como *La Convención Radical Obrera*, *El Socialista* o *El Proletariado*, en fin, en el porfiriano encontramos un gran número de órganos informativos que revelan las inquietudes de grupos políticos o sectores de la población, interesados en defender sus derechos o su postura ideológica frente a un gobierno que pretendía establecer una sola imagen de México, cuando la realidad mostraba múltiples y en-

¹⁷ Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *op. cit.*, p. 174.

contradas facetas. Con el advenimiento del periódico *El Imparcial*, en 1896, se inicia un nuevo periodismo que desplaza los tradicionales conceptos de impresión.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El largo recorrido que hemos realizado revela cuán importante resultó la industria editorial, en el ámbito de la construcción nacional. De un panorama vinculado estrechamente con las publicaciones devotas, el siglo XIX incorpora nuevos y variados géneros de impresos que enriquecen la vida cultural, pues las páginas impresas se relacionan con diferentes intereses de grupos políticos, instituciones religiosas, asociaciones literarias, individuos cultos o particulares interesados en dar a conocer sus ideas.

Los acontecimientos políticos fueron decisivos en el desarrollo de la imprenta y dieron posibilidad de expresión a los autores que, vinculados con determinados planteamientos ideológicos, se preocuparon por hacerlos presentes en los distintos medios impresos como periódicos y folletos. En ese mismo contexto es importante destacar la vinculación de los impresores en la empresa cultural nacional, al introducir nuevas ideologías que tendieron a insinuar una imagen diferente, que se alejaba pausadamente de los preceptos y comportamientos del México colonial. La tarea emprendida por estos grandes, medianos y pequeños empresarios sobrepasa a lo largo del siglo XIX por su variada producción y se vincula también con las aspiraciones de personajes, por ejemplo, el Conde de la Cortina o Justo Sierra, quienes concibieron distintas empresas editoriales, tendientes a favorecer la educación de los mexicanos. En este sentido, los editores lograron conjuntar a su alrededor a diferentes grupos de intelectuales que redactaron artículos de la más diversa temática —ya de corte político, ya una creación literaria, ya una inquietud científica—, coadyuvando al desarrollo paulatino de una historia, una literatura o una ciencia nacionales.

Es necesario reconocer la capacidad innovadora de los impresores de ofrecer cada día nuevos productos editoriales que atrajeron la atención de los lectores, quienes se convirtieron en jueces de las publicaciones, ya que a ellos se debió el éxito o el fracaso de los distintos proyectos editoriales.

Otro rasgo que debemos destacar es la gran variedad de títulos y géneros impresos que proliferaron a lo largo del siglo XIX, demostrando con ello el interés de un público lector que debió incrementarse día a día y del que desgraciadamente no sabemos nada, pero que demuestra que en un país con un gran índice de analfabetismo, el interés por la lectura se manifestó a través

de los innumerables proyectos editoriales que lograron acogida a través del sistema de suscripciones. Es necesario remarcar la relación de los géneros editoriales con los intereses de los impresores, y con los gustos de los lectores, pues de la relación de todos surgió la diversa gama de publicaciones que caracterizaron a la centuria.